

ESPECULACIONES GEOGRAFICAS EN TIEMPOS DE COLON

Francisco Astudillo Tapia

Introducción

DENTRO del proceso del descubrimiento de América son varios los antecedentes que quedan siempre al margen o son opacados, en parte, por el hecho mismo del descubrimiento; nos referimos a los conocimientos que se tenían de la geografía que rodeaba al Viejo Mundo, de la visión de Asia y lo que representaba el Atlántico para el hombre común de los siglos XIV y XV.

Al recordar aquellos antecedentes ya casi olvidados veremos cómo la imaginación del hombre siempre va por delante de lo conocido y sirve no sólo para explicar ciertos fenómenos que no tenían una explicación racional sino para dejarlos en la fantasía como símbolo esperanzador de un mejor venir, donde las leyendas de la Edad Media juegan un papel preponderante en la mentalidad del europeo renacentista.

Concepciones básicas: Geografía del mundo

Las concepciones son las siguientes:

—Está vigente el sistema geocéntrico del universo, donde la Tierra es su centro y todo gira alrededor de ella.

—Entre los sabios de la época, más que entre el pueblo, se conoce la redondez de la Tierra; lo que se presta para discusión es su tamaño.

—“La Tierra entera no se concibe domicilio natural del hombre: En ella se aloja, ocupando

principalmente el hemisferio norte, es decir, el ‘mundo’ conocido, habitable y habitado, cuyos límites geográficos son postulados teóricamente como los de una gigantesca isla, pero no son conocidos de hecho”¹.

—También se admite la existencia de otras tierras desconocidas, posiblemente habitables y aún habitadas, que constituyen técnicamente otros mundos alojados en el globo terrestre.

—La Ecumene, “nuestro mundo, como se decía entonces, se divide en tres grandes partes: Europa, Asia y Africa, desiguales en extensión y distintas en conformación. No se trataba de una simple partición de orden territorial, sino de la organización interna cualitativa, jerárquica y cerrada del escenario de la vida e historia humanas, de manera que, en definitiva, la división tripartita es la expresión geográfico-cultural y religiosa del principio de individualización del mundo; además de sus cimientos clásicos, esa división quedó elevada a la categoría de una concepción místico-geográfica cuando el alegorismo cristiano le otorgó su sanción religiosa al vincular simbólicamente su significado con el misterio de la Santísima Trinidad, con la perfección mística del número tres, con la Ciudad de Dios y con otras referencias a la doctrina y a las Sagradas Escrituras, como la supuesta repartición del ‘mundo’ entre los tres hijos de Noé, la parábola de la levadura de las tres porciones de harina y también con leyendas piadosas como la bella historia de la adoración del niño Jesús por los tres Reyes Magos, alegóricos embajadores ecuménicos”².

¹ *La invención de América*, p. 21.

² *Ibidem*.

El origen de la división continental se remonta a Hecateo, quien —al parecer— fue el que introdujo en la división bipartita conocida por Homero (regiones del sur y regiones del norte) una distinción que, andando el tiempo, acabó por afirmar una “tercera parte del mundo”. Heródoto da cuenta de esa novedad y si en principio se atiene a la repartición antigua, que ya entonces recibía los nombres de Europa y Asia (se supone que fue Anaximandro quien empleó esas designaciones aplicadas a la división bipartita de Homero: La mitad del norte del círculo era Europa y la mitad del sur era Asia), de hecho acepta la modificación de Hecateo, puesto que le concede a Libia (Africa) un tratamiento separado... se advierte que la división tripartita se fue afirmando y precisando hasta llegar a convertirse en el esquema fundamental de aquella disciplina.

Como en tantas otras cosas, el cristianismo heredó de la Antigüedad la noción clásica de Ecumene y su estructura cerrada, cualitativa y jerárquica (Europa es la parte preeminente de la Ecumene). Pero no se conformó con aceptar el viejo esquema tripartito, sino que le prestó un nuevo y formidable apoyo al elaborar, empezando con Dionisio el Aeropagita, su propia visión del cosmos que vinculaba el universo físico al universo moral, al concebirlo dentro de un orden único fundado en la fe y explicitado de manera alegórica. La división del mundo en Europa, Asia y Africa fue aceptada por San Agustín en *La Ciudad de Dios*; la eleva a la categoría mística, puesto que sólo en el mundo integrado por esas tres partes se debe buscar a las ciudades del cielo, ya que según el santo, los otros posibles mundos alojados en la Tierra quedan excluidos por no ser escenario de la vida de los descendientes de Noé. Es muy interesante también el sentido alegórico trascendental que concede san Isidoro de Sevilla a la división tripartita en su famoso libro *Los Números*, al estudiar el significado del número tres; este número, dice: “Es padrón perfecto porque contiene el principio, el medio y el fin, es también uno”. En *Las etimologías*, san Isidoro habla de una tierra desconocida situada en el océano hacia el Mediodía, de la cual se dice que está habitada por los antípodas, a los que designa como “una cuarta parte” de la Tierra.

Visión de Asia que tiene el europeo

—De particular importancia es la imagen

cultural y geográfica que se tenía del remoto Oriente, que es el resultado de la superstición de las nociones clásicas y medievales, hechizadas por el relato de Marco Polo (1252-1324), que llena con su nombre los dos siglos anteriores al descubrimiento de América. Con él, la Tierra empieza a cobrar forma y sentido; sus viajes quedaron consignados en el *Libro de las maravillas del mundo*. “Se irán conociendo esas tierras desconocidas, que irán despertando al hombre europeo con deslumbrantes leyendas”. Marco Polo fue el que tuvo mayor influencia, tras su larga estada en el Imperio del gran Khan (siglo XIII) recorriendo la mayor parte de sus posiciones asiáticas, unas veces comerciando y otras al servicio de los grandes potentados³.

“A partir de la ilusión creada por todos los viajeros, el Oriente ya no es otra cosa que un fulgurante punto cardinal de insuperable atracción que alumbra todas las ansiedades. Depósito inagotable de los bienes más costosos de la creación, se encuentra en el lugar propicio del Globo en que el Sol fecunda las entrañas de la Tierra y las convierte en cornucopia torrencial de la fortuna”⁴.

Asia llamaba la atención por sus raros paisajes, como curiosidad científica. Allí eran localizadas las terribles tierras de los Gog y Magog, de donde precedían los tesoros del Rey Salomón, el asiento y la corte del gran Khan; también estaba el Paraíso terrenal y la fuente de los ríos del mundo.

—¿Qué es lo que se suponía de los litorales extremos bañados por el océano Atlántico y al sur de las aguas del Indico?

a) Se desconocía la longitud del continente, pero era posible suponerla enorme; también lo era suponer brevísima la distancia oceánica que separaba las costas asiáticas de las europeas.

b) El litoral asiático fronterero a Europa, que corría de norte a sur, presentaba la extensa costa de China con sus dos grandes provincias, Catayo, la norte, y Mangi, la sur.

c) En un punto, la costa doblaba hacia el occidente y se extendía un buen trecho, formando así el litoral sur de Mangi, para volver enseguida en dirección meridional hacia el ecuador.

Este último tramo formaba en el litoral atlántico una península relativamente angosta, bañada del otro lado por las aguas del océano Indico. Pero a este respecto existían dos opiniones, que por su importancia conviene puntualizar.

³ *La isla y Colón*, p. 67.

⁴ *Ibidem*, p. 69.

"De acuerdo con una de esas opiniones, esa península era el famoso Quersoneso Aureo de la geografía de Tolomeo, hoy la península de Malaca. Para esta tesis, tal penetración de la tierra firme de Asia constituía la más meridional del continente, puesto que se suponía que llegaba cerca del ecuador e incluso que lo podía rebasar en algunos grados. Así, si se pretendía pasar del Atlántico al Indico era necesario rodear el Quersoneso Aureo. (Esta tesis era aceptada por Toscanelli y constituye el esquema fundamental de los primeros tres viajes de Colón)"⁵.

La otra opinión aceptaba la existencia del Quersoneso Aureo, pero suponía una segunda y más grande península situada al este de aquella, de manera que las costas orientales de esta adicional penetración del continente asiático eran las bañadas por el Atlántico y no las del Quersoneso Aureo, como quería la opinión anterior. Entre las dos penínsulas se situaba un golfo, el Sinus Magnum de Tolomeo, formado por aguas del océano Indico.

La primera opinión puede ser llamada la tesis de la península única, y la otra, la tesis de la península adicional.

d) Se suponía la presencia de un nutrido archipiélago adyacente a Asia, cuya isla mayor era el Japón, el Cipango de la geografía de Marco Polo.

—"Completa este cuadro la noción medieval de la posible existencia de islas situadas entre Europa y Asia, siendo la Antilla y un archipiélago lo más connotado a este respecto"⁶.

Imagen del Atlántico

A los viajeros portugueses que habían incursionado en el Africa meridional les incitaba la imaginación de los esclavos negros; creían ver cosas que no eran así, como grandes monstruos; el hombre común se emplea como tripulante, dejando ir su pensamiento, mientras que el científico trata de hacer encajar todos los puntos.

Se pensaba encontrar el Paraíso en el Atlántico, o la misma Atlántida en el Mar Océano, con fantasía, con motivación de libertad y

ansiedad de movimiento, donde no habrá ciudades amuralladas ni inseguridad de vivir.

"En Europa es muy antigua la creencia en las riquezas y en las cosas perfectas que había más allá donde se ponía el Sol, concepción natural, por decir así, de las culturas florecientes en el confinado Mediterráneo, cuya única salida marítima, que conduce a todas partes y a ninguna parte al mismo tiempo, es el estrecho de Gibraltar"⁷. Así, la imaginación llenaba el espacio de océano que separaba Europa de Asia por el Atlántico con un gran número de islas, en las que se encontrarían todos sus deseos, preparando la imagen europea de América: "El océano Atlántico ocultaba en sus oquedades brumosas muchas islas maravillosas y en su descripción, mezcla de asombro, terror, riqueza, perfección religiosa, utopía y poder político"⁸.

Todo este capítulo referente a la aparición, en los mapas de la época, de innumerables islas que llaman a ser descubiertas para un mejor vivir, aparece bien documentado en *La isla y Colón*, de Rafael Pineda Yáñez.

Desde la Antigüedad la isla constituye una meta del género humano. Cuando el hombre no encuentra esa isla en la que busca la libertad o la felicidad que vivirá en ella "se aísla en la circunstancia, poniendo un límite entre el prójimo y él, o bien se aísla mentalmente, evadiéndose del contorno idealmente"⁹.

Un ejemplo de este mundo antiguo lo tenemos en el sistema de Gobierno griego, que cambia su sistema constitucional "en una verdadera creación insular"¹⁰. Esta idea, que pasa a la Edad Media, se presenta como el sentido de la existencia de la época. "No sólo la ínsula es paradigma de organización política de una manera de vivir en los pueblos y en sociedad, sino que actúa hasta en formas particulares y todo ello sin advertirlo. El castillo y el monasterio son dos ejemplos de la idea de la isla; son isla en lo temporal y en lo intelectual.

Pero al propio tiempo la isla ha adquirido tal prestigio y resonancia fuera de la órbita terrestre y continental, que las miradas se vuelven hacia el mar, en busca de un trozo de tierra rodeada de agua en el cual confían aplacar todas las ansiedades del cuerpo y del alma: Seguridad, libertad, paz y ventura espiritual y todas las riquezas posibles, desde los metales

⁵ *La invención...*, p. 107, nota 10.

⁶ *Ibidem*, pp. 22-24.

⁷ *Este extraño Nuevo Mundo*, p. 3.

⁸ *Ibidem*, p. 4.

⁹ *La isla y Colón*, p. 9.

¹⁰ *Ibidem*.

preciosos y las piedras refulgentes, hasta los más exquisitos manjares para la subsistencia”¹¹.

“Se forman leyendas maravillosas y las islas están en todas partes pero son inaccesibles. Nace de esta manera la búsqueda de esa isla que todos llevan consigo en la tierra, pero que necesitan ubicarla en la lejanía para eludir los frecuentes e irresponsables riesgos a que el hombre y ciertas comunidades se ven sometidos periódicamente”¹².

“La isla cobra ahora, en el concepto del ‘tempo’, no sólo la idea de refugio, de meta, de seguridad y bienaventuranza: Es una finalidad económica para la penuria de grandes y pequeños, de Estados y particulares.

Las islas de la especiería, muy especialmente, despertaron desde aquel instante la avaricia de la mísera Europa, con sus árboles aromáticos de los países de oriente”¹³.

Como ínsulas legendarias podemos citar las siguientes:

a) Isla Non Trobada: “En 1130, Honorio Dautumal refiérese a que esta isla existente en el océano es agradable y fértil más que algunas otras, desconocida a los hombres, descubierta por casualidad y buscada más tarde, y por último llamada Perdida; era, según se dice, donde estuvo en su tiempo san Brandan”. Una característica de esta leyenda es que coincide en tiempo con la entrada o caída de los bárbaros sobre los europeos; aquí encontramos un tipo de presión que moviliza el pensamiento del

hombre buscando una seguridad en una isla lejana.

b) Los Almagrurinos: Que en árabe significa engañados en sus esperanzas.

c) La isla de las Siete Ciudades.

d) La Antillia (o Antilla). Representaba una isla de otro tipo algo más verosímil, que aparecía a veces como archipiélago, al cual los cristianos habían huido de la península ibérica ante la invasión de los moros. “Allí construyeron siete hermosas ciudades, cada una de ellas regida por un obispo, y constituía una comunidad perfecta”¹⁴. Se suponía que la Antilla estaba a mitad del camino entre Lisboa y Cipango (Japón).

e) “No debemos olvidar otra isla huidiza, llamada Mayda o Asmeida; ni otra llamada O Brazil o Brasil, que existía mucho antes que la república americana, y aparecía vagamente en los mapas todavía en 1873. Debe citarse también la isla de Estotiland (si es que era una isla)”¹⁵.

Las islas que abundan en los mares del mundo siguen siendo hoy en día asociadas a lugares exóticos, paradisíacos o esperanzadores de bienestar. Así, aún hoy todo marino u hombre de mar sueña alguna vez, como aquellos viejos navegantes o estudiosos de estos temas, con encontrar en la inmensidad del océano su isla, donde pueda realizar todos sus sueños. ¿Cómo no entender entonces la ansiedad, en aquel mundo constreñido, por descubrir islas ignotas que serían una bendición de Dios para el que lo hiciese, acatando el mandato del Creador de poblar la tierra y dominar en ella?

BIBLIOGRAFIA

- Rafael Pineda Yáñez: *La isla y Colón*, Edit. Emecé, Buenos Aires, 1955.
- Edmundo O’Gorman: *La invención de América*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Howard Mumford Jones: *Este extraño Nuevo Mundo*, Edit. Uteha, Méjico, 1964.



¹¹ Ibidem.

¹² Ibidem.

¹³ Ibidem.

¹⁴ *Este extraño...*, p.5.

¹⁵ Ibidem.